

ENTREGA DEL PREMIO « MORENO » AL DOCTOR LUIS MARÍA TORRES

El día 28 de diciembre de 1933 se realizó, en el domicilio particular del ex director del Museo, doctor don Luis María Torres, la entrega del premio « Francisco P. Moreno », que le había discernido el Consejo Académico del Museo, a propuesta de su presidente el doctor Ricardo Levene, presidente de la Universidad en ejercicio de la dirección del Museo.

El premio « Moreno », como se sabe, fué instituído por una ordenanza del Consejo Superior para premiar la obra eminente de quienes con su saber y su dedicación hicieron prosperar las ciencias naturales en la Argentina. Se entrega cada dos años, y el Consejo Académico del Museo es el encargado de discernirlo.

La proposición del doctor Levene estuvo fundada en las razones que todos los consejeros tenían muy presentes, dada la reciente actuación del doctor Torres entre ellos, y fué aprobada por unanimidad. El premio consiste en una plaqueta de oro y un diploma. Además, el presidente dispuso la preparación de un diploma alegórico de la obra principal del doctor Torres, el cual fué firmado por todo el personal, directivo, docente, técnico, administrativo, obrero y de servicio del Museo.

DISCURSO DEL DOCTOR RICARDO LEVENE

En el acto de la entrega, ante una concurrencia compuesta por autoridades universitarias, profesores, correspondientes del Museo, delegados de instituciones, amigos del premiado y familias, como también de sus familiares, el presidente de la Universidad improvisó una sencilla oración de homenaje, sintetizando los motivos del premio. Recordó la obra eficiente del doctor Torres en el Museo, su preocupación constante por el progreso del mismo como institución de estudio y enseñanza y por el adelanto material del edificio, como asimismo por el acrecentamiento de sus colecciones y biblioteca. Recordó su larga obra universitaria, no solamente en el Museo, sino también en la Facultad de Humanidades, donde dictara Prehistoria americana y Etnología, y su vasta obra de publicista.

Expresó por último el presidente que este acto, en su sencillez, evocaba la obra hecha, pero también el reconocimiento de la misma por el nuevo Museo, totalmente reorganizado, con el nuevo Estatuto, con nuevos horizontes, dispuestos todos a engrandecerlo con no menos bríos que antes y restituidos sus recursos esenciales a los que pudo disponer en horas más prósperas: éstas fueron en aquel entonces, en gran parte, el fruto de los desvelos del doctor Torres, pero ahora puede afirmarse que la Universidad, por medio de su Consejo Superior, ha hecho una verdadera excepción en la generosidad con que ha atendido el presupuesto del Museo. Será así la gran oportunidad para que el Museo recupere sus medios de acción para el trabajo fecundo de las ciencias.

DISCURSO DEL JEFE « AD HONOREM » DEL DEPARTAMENTO DE ARQUEOLOGÍA Y ETNOGRAFÍA (INTERINO) DEL MUSEO, PROFESOR FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA.

El premio « Moreno » es una de esas distinciones científicas que sirven de remate y coronamiento a toda una vida de labor consagrada al estudio de las ciencias naturales en la Argentina. Un criterio de gran amplitud ha permitido otorgar hasta el presente la suntuosa *plaque* y el elegante diploma a un geólogo, un botánico, un ornitólogo y un entomólogo, todos eminentes en sus respectivas especialidades. De esta manera, si aquella amplia diversidad de actividades demuestra que el Consejo Académico del Instituto del Museo de la Universidad platense ha buscado, sin enojosas exclusiones, en los distintos campos del saber a las más diversas devociones, la calidad de sus obtenedores prueba cuán riguroso ha sido el criterio de selección y cuán justificado el premio a tantos desvelos.

Tócale ahora el turno a un estudioso del pasado argentino, al doctor Luis María Torres, que pertenece a la corta pero brillante pléyade de investigadores que se formaron en el país en los grandes institutos nacionales que dirigieron la impulsora actividad y la patriótica previsión de Francisco P. Moreno, y la desinteresada y pura personalidad de Ameghino.

Desde 1896, en adelante, realizó sus primeras lecturas sobre el pasado de América, siendo sus primeros y preferidos autores las dos grandes figuras que he citado. Torres vivió en esas andanzas juveniles por las páginas de *La antigüedad del hombre* o de los *Viajes a la Patagonia* — sus libros más amados en aquella edad primera — los sueños que suscitan la emulación y definen las embrionarias vocaciones, así como recibió de su largo y afectuoso trato con el general Mitre — cuyo *Catálogo razonado de las lenguas americanas* había de prologar más tarde — la lección

viviente que retempla el espíritu y lanza hacia la acción. Torres ha reconocido esas influencias, y rendido el homenaje que merecían a sus ojos esos hombres preclaros, publicando en la *Revista del Museo de La Plata*, en 1921 y 1924, la noticia biobibliográfica del ilustre fundador del Instituto del Museo, y la del homenaje llevado a su memoria, y diseñando en el número especial de *La Nación*, del 26 de junio de 1921, la figura de « Mitre americanista ». Pero el paso del ensueño a la acción fué hartó rápido, y en 1900 Torres, publicista en *El Tiempo*, que dirigía aquel generoso espíritu que fué Vega Belgrano, publicó sus primeros comentarios bibliográficos y sus notas iniciales sobre el carácter fisiográfico de la pampa bonaerense, continuando, al año siguiente, en *El País* y alguna otra revista, trabajos de parecida índole.

A aquellos primeros y fundamentales autores, cabe agregar a Zeballos y Mansilla, con sus obras clásicas sobre las excursiones a « tierra de indios » y, en el terreno de lo histórico y protohistórico, las grandes biografías de Mitre y los ensayos de Trelles, Madero, Lafone Quevedo y Ambrosetti. Es dable señalar aquí, encabezando esta lista de figuras de los que ya pasaron, a una silueta colonial cariñosamente estudiada por Torres, don Félix de Azara, a la cual se refirió, en sendos trabajos, en numerosas oportunidades, y cerrarla con otra, más próxima a nosotros, que Torres analizó, también, con penetración crítica, Juan Agustín García, cuya importancia dentro de los estudios históricos de nuestro país ha sido tan grande y destacada.

El entusiasmo de la juventud llevóle a fundar, en 1912, con otro destacado cultor de estos estudios, don Félix Outes, la revista *Historia*, intento juvenil que no pasó del primer tomo, pero en el que quedaron definidas ya dos vocaciones y dos voluntades. Fué así como, en 1905, al designarle Moreno como jefe de la sección arqueología del entonces Museo provincial de La Plata, no hacía más que reconocer una posición mental ya orientada definitivamente, como lo hiciera Joaquín V. González al confiarle, un año más tarde, la cátedra de prehistoria de la entonces sección del profesorado de aquella Universidad. Desde entonces, y hasta 1932, la vida intelectual y pública de Luis María Torres se desarrolla estrechamente vinculada a ambas instituciones y particularmente al Museo, cuyos destinos dirigió durante doce años.

Sus trabajos antropológicos, arqueológicos y etnográficos han tenido casi siempre por campo el litoral argentino, región particularmente importante de nuestro país, no tanto por los restos de sus culturas autóctonas, como por las vinculaciones de sus antiguos pobladores con las culturas amazónicas, que — como veremos luego — el doctor Torres ha intentado precisar.

Tanto es verdad su completa predilección por los estudios en la región del litoral argentino que, salvo su estudio acerca de las urnas funerarias

de la cuenca del río Rosario, en Salta, publicado en 1920 — que ha servido, posteriormente, para establecer similitudes con los resultados de las exploraciones arqueológicas a la zona de la Candelaria, estudiados recientemente por Ryden Stig y Alfred Métraux — y su noticia preliminar sobre la exploración arqueológica llevada a cabo al sur de San Carlos, en Mendoza; el resto de sus investigaciones de este carácter publicadas, se han llevado a cabo en el delta del Paraná y provincias de Entre Ríos y Buenos Aires. Naturalmente, esta especialización en el espacio, que supone once trabajos, de diversa intensidad y magnitud, impresos hasta la fecha, indica un ahincado estudio y un ansia de superación de la propia obra, enaltecedora para el paciente investigador. Y, como lo dice en el prólogo de su monografía capital sobre *Los primitivos habitantes del delta del Paraná*, no era extraña a ella, tampoco, « la tendencia heredada y el afecto por toda la comarca », vinculados a los recuerdos de su primera juventud, en los que sus ensoñaciones retrospectivas hacíanle imaginarla en sus remotos orígenes, para seguirla en las transformaciones sucesivas operadas por la erosiva acción de las aguas o por la labor de las agrupaciones humanas.

Ese libro, tan estimable por más de un concepto, compendia el resultado de las investigaciones que, desde 1900, venía realizando su autor por diversas regiones del Delta. En aquel año, y en 1902 y 1904, había efectuado en el Delta medio largas excursiones por cuenta propia y por la del Museo de Historia Natural de Buenos Aires, del cual era adscripto honorario. Y en 1905 y 1906 completó aquéllas por cuenta del de La Plata por el Delta superior. Los copiosos materiales recogidos, especialmente de orden antropológico, no fueron logrados sin esfuerzo. Más de una vez necesitó hacer travesías por sitios bajos, fácilmente inundables, tal como en el Paraná Guazú, donde existían yacimientos en la parte alta rodeados de bañados y para llegar a aquéllos avanzó con el barro a la cintura, sin que le arredrara la fatiga ni le detuviera el hostil medio.

Así formó series antropológicas copiosas, que el doctor Lafone Quevedo, director, por ese entonces, del Museo que patrocinaba sus viajes, consideró como las más completas reunidas hasta entonces para el litoral argentino. Nuestro investigador realizó su gran monografía, adoptando el sistema, harto desdeñado hasta entonces, de presentar sus materiales acompañando los datos de procedencia; por eso sus descripciones son como un catálogo razonado de cada yacimiento. Y conviene señalar, como uno de los grandes aciertos de ese libro, haber apuntado, hace veintidós años, las analogías estilísticas existentes entre las cerámicas de Santarem, Tefé y Manaos y las del Delta del Paraná, hecho ratificado por sucesivos estudios de los señores Métraux y Nordenskiöld, y por la reciente publicación de un hallazgo por el señor Aparicio. Esta

observación de Torres es tanto más meritoria, cuanto que está formulada en una obra dedicada principalmente a la antropología.

Como complemento de la misma, el doctor Torres tiene en preparación, según ha tenido la gentileza de expresarme, una monografía en la que relata las excursiones que, posteriormente a 1911, ha realizado, con buenos resultados, por el Paraná Miní, visitando varias islas del Delta inferior. A este respecto, cabe recordar la clasificación del Delta, en superior, medio e inferior, formulada por Torres en su obra. No ha de extrañar esa preocupación clasificatoria a quien recuerde que nuestro agasajado fué, con Eric Boman, coautor de la clasificación propuesta por ambos, para las leyendas de los mapas arqueológicos de la República Argentina y de la América del Sur.

Ya al frente del Museo de La Plata, inició las exploraciones metódicas en el norte de la Patagonia, con fines paleontológicos, lo que le llevó a realizar excursiones con los señores Roth, Schiller, Cabrera y von Huehne, en los años 1921 a 1923, cuyos colaterales resultados arqueológicos no han sido publicados, formando parte de las colecciones de aquel Museo. Igual carácter de ineditez, poseen las colecciones que reunió en su viaje por la cuenca del Salado, región del arroyo las Flores y en el sur de la provincia de Buenos Aires, la de Cristiano Muerto, interesantes — como todo lo de esta provincia, tan pobremente representada en las colecciones arqueológicas del país, por las razones que tengo expresadas en mi estudio sobre la *Arqueología de la laguna de Lobos*.

Como otras manifestaciones de su labor — secundarias en quien tiene en su haber tan ricos frutos, pero no desdeñables en sí mismas — están la parte referente a la pre y protohistoria del *Manual de Historia de la Civilización Argentina*, tarea que este gran trabajador realizó en tres meses; la dirección de la publicación de algunas grandes series de publicaciones: la *Biblioteca Centenaria* de la Universidad de la Plata, con sus nutridos 6 volúmenes, el *Catálogo de las lenguas americanas*, con 3, los 10 tomos de las publicaciones de la sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, a la que dirigió de 1912 a 1919, algunos de los cuales prologó con trabajos originales como *La administración de temporalidades* o las *Cuestiones de administración edilicia*, y la copiosa cantidad de publicaciones del Museo de La Plata, en sus diversas series: la magnífica de *Anales*, que él restauró, la *Revista*, mundialmente apreciada y difundida, las *Notas Preliminares*, que él creó, y la *Guía*, que contribuyó a redactar.

De igual manera dictó, desde 1920 y durante doce años, en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, la cátedra titular de Introducción a los estudios históricos. Tal es, señores, en muy someros trazos, la vida laboriosa de este estudioso insigne, en torno del cual hoy nos reunimos para festejar la entrega del Premio Moreno.

Conocí al doctor Torres frecuentando sus clases en la Facultad de Humanidades, de la que era alumno. Allí nació una amistad que, desde el punto de vista familiar, existía desde antes de mí mismo. Por eso, pláceme que mis primeras palabras como jefe interino del departamento de arqueología y etnografía del Museo, cargo que el doctor Torres ocupó durante tantos años y al que dió lo mejor de su espíritu, le sean dedicadas. Y, como en la hermosa parábola griega, tomo de su mano amiga y fatigada la antorcha vacilante para emprender, a mi vez, la jornada ardua o la veloz carrera.

DISCURSO DEL DOCTOR LUIS MARÍA TORRES

Señoras y señores :

La persistente afección nerviosa, que dificulta el normal desenvolvimiento de mis hábitos de estudio, ha impedido que esta ceremonia se realice como las que le precedieron y como, además, lo había proyectado el señor presidente de la Universidad Nacional de La Plata, al frente hoy de nuestro Museo. Una imposibilidad inexorable lo ha decidido.

Si bien es cierto que no existen preceptos legales que determinen la fórmula de la entrega del « Premio Francisco P. Moreno », la costumbre ya consagrada ha hecho que el acto se efectúe en el recinto del Museo, rodeado de cierto aparato universitario, propio del acontecimiento, y más del agrado de las autoridades de la casa y del público que suele asociarse a los actos de esta naturaleza. Existen, por otra parte, motivos justificados para vincular la dicha del premiado con la satisfacción de los otorgantes de la noble distinción.

Es también admisible, pues, para este caso, en que el agraciado se ha caracterizado por una vida sencilla, que el acto tenga lugar en forma más modesta, desprovista de solemnidad académica pero contando con afectos que le dan, como se comprende, un sentido esencial.

Agradezco los juicios sobre mi obra escrita y gestión directiva, de mis colegas del jurado, en un dictamen que decidió el otorgamiento del premio, y ahora escucho, con idéntica disposición de espíritu, la palabra del señor presidente de la Universidad, que recalca sus expresiones sobre el significado de mis merecimientos, así como los elogios del profesor Márquez Miranda. En este caso, pienso que todos han visto en la obra realizada la comprobación de la buena fe puesta al servicio de una institución, más que el afán de abarcar proyectos de pretendidos grandes alcances en la organización o en algunas de las ciencias que comprenden los estudios del Museo.

Sencillo y todo, este acto tiene la virtud de traerme recuerdos de los

hombres que actuaban en aquellos tiempos del Museo provincial, dirigido por el doctor Moreno, recuerdos que no expreso para evitar que la serenidad de mis palabras sea alterada por sentimientos que no pueda dominar. Los claros abiertos por la desaparición definitiva de hombres probados en la ciencia y experiencia, han sido cubiertos por nuevos especialistas, conocedores del pasado de la institución y aptos, por su preparación, para proseguir la marcha ascendente.

Sería un acontecimiento digno de recordación que acá se reconociese, por primera vez, que se ha preparado para el Museo de La Plata una gran etapa de vida nueva y fecunda, rica en iniciativas de tareas metódicas que puedan fundamentar, más adelante, la plenitud del éxito de sus investigaciones.

Después de las provechosas jornadas cumplidas por los que nos precedieron en la acción constructiva, el complemento de la obra deberá confirmar, con persistencia, el criterio positivo de continuidad.

Desde esta tribuna improvisada en mi hogar, y rodeado de amigos y colegas — como hermanos en la unión inalterable de las ideas — y al agradecer de todo corazón cuanto se ha dicho y escrito por el motivo que nos reúne, formulo votos por la felicidad más completa de todos los presentes, y a los colegas del Museo, que los ideales de Moreno que inspiraron la obra que hoy se considera sean, siempre, la divisa.